

# U N A E V A S I O N

Æ Max Æ. León

**F**RIO y trágico, barría el viento las callejas del poblado. Crujían los techos de paja terrosa y la campana de la Iglesia lanzaba a veces gemidos apagados por la fuerza del viento. El cielo estaba espeso, negro, preñado de tempestad. Las únicas voces que se oían eran los gritos de los centinelas que hacían la nona en la Cárcel. ¡Uno... dos... tres!... A veces se oían cerca y otras veces se perdían en la noche.

En la Cárcel habían cerca de cien presos reunidos en una cuadra oscura, sin ventanas ni tragaluces. Las paredes y el techo estaban recubiertos de hollín; el suelo húmedo y sinuoso. Los presos dormían envueltos en jergones sobre un largo poyo de barro pegado a las paredes. Se habían acostumbrado a respirar una atmósfera envenenante y a dormir confundidos en la mugre y la oscuridad.

Juan Calisaya era el único que permanecía despierto. Los demás presos dormían tranquilos, como si la Cárcel fuera un hogar quieto donde no faltara el pan. Calisaya sin embargo, pensaba en los motivos de su encarcelamiento. Apenas tenía un recuerdo vago de un espectáculo extraño que había presenciado. Un Tribunal de hombres distintos a él, que hablaban en un idioma casi desconocido. Mucha gente en la amplia sala y sobre todo, recordaba con fijeza obsesionante, un escudo bordado de oro sobre terciopelo granate. El intérprete, un cholito inteligente, le preguntaba a veces en forma lacónica sobre el delito.

—Dicen que tu has sido el que preparó el asalto a la hacienda de Don Juan.

—Yo no he visto nada, tatay... respondía espantado Calisaya.

—Pues dicen que tu has sido y ya está; le respondía el intérprete y él callaba atemorizado.

Después de una ceremonia larga y fatigosa, los gendarmes volvieron a ponerlo en la Cárcel y no había vuelto a tener noticias del mundo.